

ISABEL DE BOBADILLA
LA GOBERNADORA DE CUBA

Pilar A. Ferreiro Soria

ISABEL DE BOBADILLA
LA GOBERNADORA DE CUBA

Primera edición: noviembre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.
© Pilar A. Ferreiro Soria
© Lámina de portada: Johannes Vingboons. *Óleo del puerto de La Habana en 1639*.
Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos. Washington D. C.

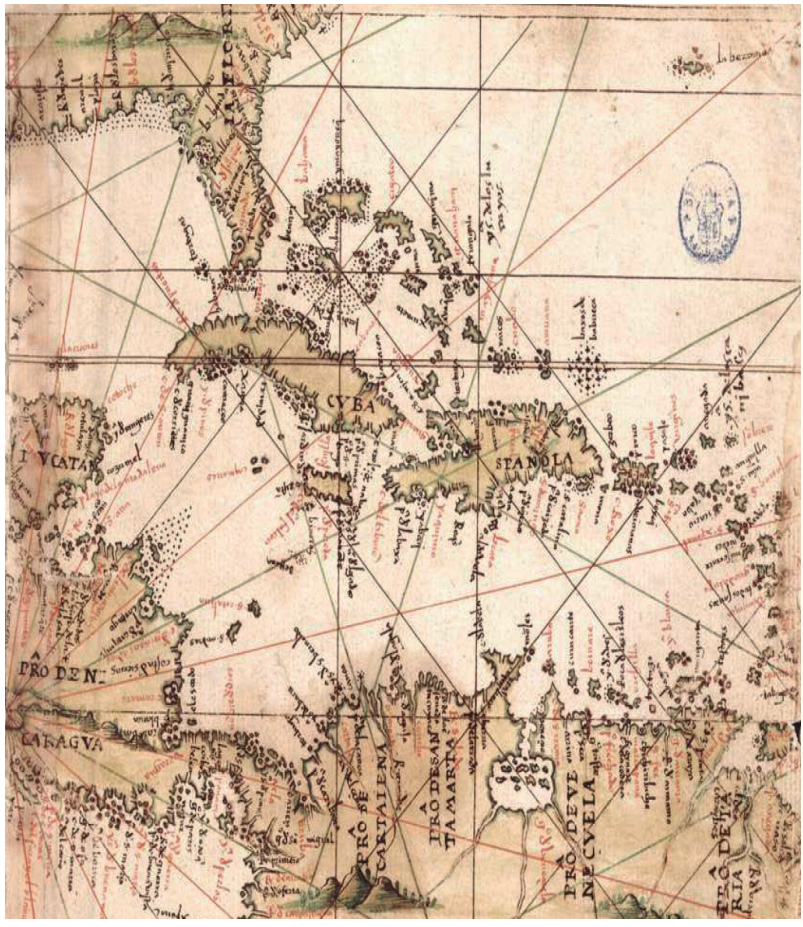
ISBN: 979-13-88411-80-9
ISBN digital: 979-13-88411-81-6
Depósito legal: M-28636-2026

Editorial Adarve
C/ Luis Vives, 9
28002 Madrid
editorial@editorial-adarve.com
www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A mis hijos, con amor

A la memoria de mis padres.
A la memoria de mi abuela Encarnación Vargas,
contadora de historias.



Mapa de las islas del Caribe y América Central y norte de Suramérica. [1539-1560] Alonso de Santa Cruz. Biblioteca Nacional de España. Madrid.

ÍNDICE

CAPÍTULO I. EL MUELLE DEL ARENAL..... 11

CAPÍTULO II. MEDINA DEL CAMPO..... 25

CAPÍTULO III. CAMBIO DE RUMBO..... 47

CAPÍTULO IV. LA TRAVESÍA..... 63

CAPÍTULO V. FERNANDINA DE CUBA..... 81

CAPÍTULO VI. LA SABANA DE VASCO PORCALLO..... 105

CAPÍTULO VII. SAN CRISTÓBAL DE LA HABANA..... 121

CAPÍTULO VIII. LA PARTIDA..... 143

CAPÍTULO IX. LA QUIMERA..... 167

CAPÍTULO X. LA CALMA CHICHA..... 191

CAPÍTULO XI. EL TORNAVIAJE..... 217

EPÍLOGO..... 237

CAPÍTULO I.

EL MUELLE DEL ARENAL

«O todo o nada. O la gloria o la ruina», pensó el capitán Hernando de Soto aquella mañana primaveral del año del Señor de 1538, mientras observaba la intensa actividad que la inminente partida de su armada originaba en el muelle del Arenal a orillas del Guadalquivir.

Seis naos, una carabela y dos bergantines estaban a punto de navegar río abajo desde Sevilla hacia Sanlúcar de Barrameda para unirse a la flota de Nueva España y surcar el océano Atlántico con destino a Santiago de Cuba, donde tomaría posesión como gobernador de la isla Fernandina. El cargo que debía ocupar en la isla caribeña representaba un paso previo en la estrategia que le llevaría a acometer con éxito una empresa que había terminado en fracaso para otros conquistadores como Juan Ponce de León y Pánfilo de Narváez. Por la gracia de Dios y de Su Majestad el rey don Carlos su nombre pasaría a la historia como adelantado de La Florida, esa era su apuesta personal y para salir victorioso estaba dispuesto a arriesgar su fortuna y hasta su propia vida.

El ajetreo de los marineros y de los estibadores transportando mercancías hacia las naves, sumado al trasiego de las bestias de carga, producía una algarabía ensordecedora a la que el capitán, sumido en sus pensamientos, parecía ajeno hasta que Juan López, el piloto de la nave capitana, vino a interrumpir sus reflexiones:

—Capitán, podéis dar orden de levar anclas cuando lo consideréis oportuno. La tripulación, los expedicionarios y los pasa-

jeros se encuentran a bordo de las naves y la armada está presta a zarpar.

Hernando de Soto navegaría en la nao *San Cristóbal* en compañía de su esposa y algunas de las personas designadas para ejercer oficios principales en La Florida como el factor Antonio de Biedma, el marino y cosmógrafo Juan de Añasco, Juan de Gaitán en calidad de tesorero, el cronista oficial Luis Hernández de Biedma, además de curas y frailes a cuyo cargo correría la atención espiritual de los viajeros y, llegado el momento, la misión de evangelizar los nativos de los territorios que estaban por descubrir.

—¿Habéis visto a Nuño de Tovar, mi segundo al mando y teniente general de la armada?

—Sí, mi capitán, el teniente ha abordado *La Magdalena*. También los capitanes Luis Moscoso de Alvarado, Andrés de Vasconcelos, Arias Tinoco, Diego García, Alonso Romo de Cardeñosa y Pedro Calderón están al mando de sus respectivas embarcaciones.

—Confío en que tengáis tanta destreza pilotando naves como conocimiento demostráis del estado de mi armada.

—Muchos años llevo en mi oficio y tendré ocasión de probar mi valía en tan largo viaje.

—De momento, decidme en cuántas jornadas llegaremos a Sanlúcar.

—Con el viento a nuestro favor en un día o a lo sumo en dos si enfrentamos algún leve contratiempo. Sanlúcar de Barrameda está a unas dieciséis leguas río abajo, pero hay que considerar que se trata de una armada integrada por nueve embarcaciones cargadas con hombres, animales y pertrechos; es mejor navegar con precaución y evitar las prisas.

—¿Y en condiciones adversas? —preguntó el capitán, esta vez con cierta inquietud.

—Es difícil predecirlo, mi capitán; será mejor no anticiparnos a los acontecimientos.

—Sé muy bien que atravesar la barra de Sanlúcar entraña un reto para cualquier navegante.

—He sido práctico de la barra por muchos años y estoy seguro de poder sortearla con éxito. Ordené que nos adelantaran algunas barcazas llevando parte de los bastimentos para restar peso a las naves y evitar, en lo posible, que las quillas puedan rozar el fondo del río. En Sanlúcar habrá tiempo para embarcar las provisiones a la espera de los barcos que se dirigen a Veracruz, porque hasta que la flota no esté al completo permaneceremos en el puerto.

—Me ha parecido una oportuna iniciativa; toda precaución es poca. En la primera parte del trayecto no suelen presentarse complicaciones a pesar de lo sinuoso que es el trazado del río, pero en las proximidades de Sanlúcar el lecho del Guadalquivir se convierte en una gruesa masa de lodo y arena que ha servido de sepultura a más de una embarcación.

—Es tal como decís, capitán, el oleaje proveniente del océano entra a veces con tanta fuerza que lleva agua salada muchas leguas río arriba al tiempo que arrastra gran cantidad de arena que se asienta en la desembocadura del río y sus inmediaciones. Siempre hay que navegar con cautela y ante el riesgo de encallar es preferible arriar las velas, anclar las naves y esperar pacientemente hasta que el viento y la marea permitan reanudar el viaje.

—No es la primera vez que navego este tramo del Guadalquivir que une Sevilla y Sanlúcar en una u otra dirección —afirmó el capitán—, pero en esta ocasión de mis decisiones depende el destino de mis naves, de mis expedicionarios, de mis allegados y de mi esposa. Os he contratado por vuestra buena reputación como piloto y espero no haber cometido un error.

—Confiad en Dios y en mí, estas fechas son propicias para navegar río abajo y cruzar el océano. Todo saldrá bien.

La seguridad que manifestaba el piloto, basada en su pericia, consiguió sosegar a Hernando de Soto y disipar los temores que poco antes ensombrecieran su ánimo. En señal de gratitud, el capitán quiso corresponder al marino con unas palabras, a su entender, amables:

—¿Veis? Por eso me fío de los extremeños y esta expedición es prueba de ello. Más de la mitad de los expedicionarios han venido desde aquella tierra que pare hombres valientes y cabales en su empeño, como vos y como yo.

El flamante gobernador de Fernandina de Cuba dio por terminada la charla no sin antes requerir un último servicio del piloto:

—¡Ah, Juan López! Enviad un carruaje que vaya a por mi mujer. Hace días que no llueve y el terreno está lo suficientemente firme para que los caballos puedan aproximarse al embarcadero. En cuanto mi esposa y yo abordemos la *San Cristóbal*, daré la orden de zarpar.

—A sus órdenes, mi capitán.

Los preparativos de aquella expedición que estaba a punto de partir habían comenzado tiempo atrás, el día en que Hernando de Soto desembarcó en ese mismo puerto en 1536. Muchos pensaron que el indiano recién llegado del Perú regresaba después de años de bregar en las lejanas Indias Occidentales para disfrutar de su cuantiosa fortuna y contraer nupcias con alguna dama de gran linaje y escaso patrimonio dispuesta a situar en la órbita cortesana a un hidalgo adinerado a cambio de una vida segura y acomodada.

Las especulaciones que suscitó la llegada del capitán a Sevilla estaban más que justificadas dado el patrimonio que en barras de oro y de plata procedentes del Cuzco traía consigo, aunque los rumores que corrían de boca en boca solo en parte se ajustaban al real pensar y sentir del avezado conquistador.

Desde que Hernando de Soto con apenas catorce años cruzara el océano, sus hazañas le habían reportado considerables beneficios a la vera de caudillos de renombre como don Pedro Arias de Ávila, conde de Puñoenrostro, Francisco Hernández de Córdoba y Francisco Pizarro. A pesar de sus logros militares y ganancias patrimoniales, el capitán había retornado a España en 1526 deseoso de hacerse un nombre y encontrar un lugar en la corte.

Su arribo a Sevilla coincidió con los fastos del enlace matrimonial del rey y emperador don Carlos con su prima hermana Isabel

de Portugal, celebrado en el Alcázar. En aquellos días en que la corte eventualmente asentada en la ciudad y la población en general daban rienda suelta a su regocijo le fue encomendada por el propio rey la delicada misión de trasladarse a Portugal y conseguir, con la ayuda de la encumbrada dama María de Velasco, la libertad de Gonzalo Gómez de Espinosa y otros vasallos de Su Majestad sobrevivientes de la expedición de Fernando de Magallanes que aún permanecían encarcelados en Lisboa, después de haber sido apresados y retenidos en las Islas Molucas por el capitán portugués Antonio de Brito en abril de 1522.

El éxito de su mediación y la posterior gratificación por parte del monarca no fueron incentivo suficiente para que Hernando de Soto continuara por la apenas iniciada senda de la diplomacia. Para un hombre como él, acostumbrado a la batalla frontal, carecía de interés consagrar el resto de sus días a ser portador de saludos, cartas, recados y negociaciones a la sombra, aunque fuera al servicio del rey y emperador más poderoso de la cristiandad. Este breve paréntesis terminó al año siguiente con su regreso a las Indias Occidentales.

Al volver nuevamente a España, diez años después, Hernando de Soto estaba convencido de que su cuantioso patrimonio le permitiría abrir puertas, comprar voluntades y allanar el camino que le conduciría a su triunfo en solitario, aun siendo consciente de que para conseguirlo tendría que salir victorioso de una hazaña que para otros tan solo había sido una quimera. Tomar esposa era un asunto importante que debía solventar, así que en lo concerniente a la inmediatez de una boda las habladurías populares no andaban desencaminadas.

A lo largo de los años, Hernando de Soto había tenido muchas mujeres entre sus brazos, pero de pocas recordaba siquiera el nombre. Era imposible saber a cuántas hembras habría preñado y, después de tantos años en las Indias Occidentales, no descartaba la posibilidad de tener hijos mestizos viviendo en condiciones lamentables o que hubieran muerto al nacer o por falta de alimento y

abrigo o sobrevivido y dados en encomienda y obligados a trabajar a cambio de comida y alguna vestimenta.

Intentaba eludir estas cavilaciones que en ocasiones le llevaban a concebir la tormentosa idea de que algún fruto de su simiente hubiera sido atravesado por su espada en una de las tantas batallas libradas contra indígenas. Para apaciguar su conciencia daba por cierto ser el padre de Andrés y de María de Soto, unos hijos que testimoniaban su paso por Nicaragua, a quienes había reconocido en el sacramento del bautismo y sostenía con su peculio.

La relación más estable la había mantenido con la princesa inca Yunga Ñusta, hija de Huayna Capac, cristianamente bautizada como Leonor Coya. El nacimiento de una niña a la que dieron por nombre Leonor de Soto hizo que su entorno diera por hecho un próximo matrimonio con aquella beldad de piel aceitunada y larga melena de azabache, puesto que los enlaces entre la aristocracia indígena y los conquistadores eran alentados por la monarquía y por la Iglesia. La perspectiva de una apacible vida conyugal y una holgada posición económica estaba muy lejos de colmar las ambiciones personales de Hernando de Soto, por esa razón decidió regresar a España y partió del Cuzco en busca de nuevos horizontes después de renunciar a su cargo como segundo teniente de gobernación de la importante plaza y dejar atrás a Leonor Coya junto a su hija que apenas contaba unos meses de vida.

Más allá del inventario de encuentros carnales que poco o nada habían representado en su vida, Hernando de Soto reconocía en lo más íntimo de su ser que muchos años atrás había perdido el control de sus emociones y de sus sentidos ante la sola presencia de una mujer que apenas traspasaba el umbral de la niñez. Fue aquel un amor imposible y, a pesar del tiempo transcurrido, cierta turbación lo invadía cuando recordaba las confesiones de enamorados, las tímidas caricias arropadas por la oscuridad de la selva del Darién y el desconsuelo de la última cita:

—Debéis hablar con mi padre o mañana tendré que partir para regresar a España junto a mi madre. No nos volveremos a ver en años o, quizá, nunca más.

—Es absurdo pensar que pueda pediros en matrimonio; no soy digno de vos, Bobadilla.

—No me llaméis Bobadilla, os lo he dicho mil veces y seguís insistiendo a sabiendas de que me disgusta. Me llamo Isabel, como mi madre y como la reina de Castilla que Dios guarde en su gloria.

—Pero vos me llamáis capitán.

—Porque a vos todo el mundo os llama capitán. Si os complace, puedo llamaros vuestra merced o señoría.

Hernando de Soto se mostró condescendiente con el pueril enfado de su amada y no intentó dar más explicaciones en aras de distender una situación que resultaba difícil para ambos.

—Si no habláis con mi padre, entenderé que no me amáis tanto como decís —afirmó, llorosa, la joven.

El capitán estaba convencido de que el conde de Puñoenrostro nunca aceptaría esa unión. Pedrarias Dávila, como todos solían llamarle, era su mentor, el hombre que le había enseñado las lides de la guerra y de cuya confianza gozaba para encomendarle cualquier objetivo militar, pero ninguna de esas circunstancias lo hacían digno de desposar a su hija. Tampoco su esposa doña Isabel de Bobadilla y Peñalosa, tan orgullosa de su estirpe, vería con buenos ojos que un hidalgo pretendiera la mano de una noble castellana como Isabel.

—Vuestros padres nunca consentirán nuestro matrimonio.

Aquella verdad se clavó como un dardo en el corazón de la mujer enamorada que, aun así, se negó a dar cabida al desaliento.

—¡Huyamos! Es la única solución. Partiremos esta misma noche y nunca nos encontrarán. Llegaremos a un lugar remoto, un rincón de la selva o una isla ignota donde nadie nos reconocerá. Cambiaremos nuestros nombres, tendremos una nueva vida solo para amarnos lejos de todo y de todos.

La vehemencia con que Isabel defendía el derecho a vivir su amor contra viento y marea, su anhelo de una felicidad compartida,

laceraban el alma del capitán. La realidad era bien distinta: el honor mancillado de su hija despertaría la ira de Pedrarias Dávila que pondría su empeño en encontrar a los amantes para vengar el agravio. Ningún lugar en el mundo sería seguro porque cualquier día, cuando menos lo esperaran, alguien los reconocería y por envidia, por ambición o por miedo, los delataría. El destino de Isabel sería un convento donde expiaría su culpa y moriría anónima y olvidada, en tanto que él tendría que pagar tamaña ofensa con la vida.

Pedrarias Dávila le acusaría de traición al rey y de usurpación de los bienes de la Corona para despojar el ajusticiamiento de tintes personales y en la plaza de cualquier pueblo, de los tantos fundados, se levantaría apresuradamente el patíbulo donde sería decapitado. Luego, su cabeza clavada en una lanza quedaría expuesta por días, para que la putrefacción y los zopilotes dieran cuenta de ella y el grotesco espectáculo se convirtiera en una clara advertencia sobre las fatales consecuencias de una deslealtad.

Bien sabía el capitán lo que era capaz de hacer Pedrarias Dávila con quien se atreviera a atentar contra su autoridad porque había sido testigo de la muerte de Vasco Núñez de Balboa el año anterior, en Acla. El conde de Puñoenrostro había ordenado ejecutar al conquistador extremeño a pesar de ser su predecesor como gobernador del territorio del Darién, descubridor y adelantado del Mar del Sur y marido de su hija mayor, doña María de Peñalosa, con la que se había casado por poder en una ceremonia oficiada por el obispo Juan de Cabedo en la que además de unos esponsales se había celebrado la reconciliación de dos grandes egos o así lo parecía. Si no había dudado en ajusticiar a su yerno esgrimiendo dudosas acusaciones, un capitán de su tropa no podía esperar piedad alguna.

El silencio del capitán irritó a Isabel:

—Estoy esperando vuestra respuesta. ¿No tenéis nada que decir? —reclamó, ofendida.

Hernando de Soto se sentía incapaz de ofrecer una respuesta que calmara el ánimo de la mujer amada o de prometer lo que no

podría cumplir. Era un desatino alentar la idea de que las riquezas o los éxitos militares que pudiera lograr con el paso del tiempo lo elevarían en la escala social hasta el punto de hacer viable su matrimonio con una hija del conde de Puñoenrostro que no solo poseía un título nobiliario, sino que contaba con una larga trayectoria militar al servicio del Reino de Castilla. La participación de Pedrarias Dávila en el cerco y capitulación de Granada, como miembro de la legendaria escolta personal de la Reina Católica integrada por cien caballeros de noble cuna, su misión militar en Orán, su condición de gobernador de Castilla del Oro, entre otros muchos méritos, eran aval más que suficiente para que su prole entroncara con la grandeza de España, muy a pesar de que en los mentideros de la corte se le tuviera por compendio de vicios y crueldades y existieran sospechas sobre una lejana ascendencia judía de los Arias de Ávila.

El silencio pertinaz del hombre hizo que Isabel comprendiera la gravedad de la situación y, desesperanzada, buscó abrigo en el pecho del capitán:

—Sé que no me vais a pedir en matrimonio ni vamos a huir —dijo, entre sollozos.

El capitán tomó entre las suyas las delicadas manos de la joven y las besó con ternura. Fue él quien rompió el silencio con unas palabras que presagiaban la despedida:

—No me olvidéis, Bobadilla —susurró.

Isabel se apartó bruscamente del capitán y, mirándole a los ojos, descargó la frustración que sentía:

—Ya que no seré vuestra esposa porque el temor que os infunde mi padre es mayor que el amor que decís profesarme, os borraré de mi corazón y de mi vida para siempre. ¡No quiero saber nada de la falsedad de los hombres! ¡Nunca me casaré! —exclamó con energía.

Isabel se alejó unos pasos del capitán y dando media vuelta, echó a correr en dirección a la casa familiar donde, con un poco de suerte y la complicidad de su doncella, habría pasado inadvertida su breve ausencia.

Al día siguiente, asomado a la puerta de su rústica vivienda, Hernando de Soto pudo observar con las primeras luces del alba el cortejo que acompañaba a doña Isabel de Bobadilla y Peñalosa en su regreso a Castilla para reencontrarse con los hijos que seis años atrás habían quedado en Segovia. El retorno no solo obedecía a un justo anhelo maternal sino a la necesidad de encabezar la defensa de su marido ante el rey por las acusaciones que sobre él pesaban a causa de arbitrariedades en la repartición de tierras e indios y crueldades cometidas en la gobernación de Castilla del Oro.

La comitiva salió de la casa del gobernador Pedrarias, la de mayor solidez del poblado, construida con los ladrillos andaluces traídos por doña Isabel a su llegada a Santa María de la Antigua. Abrían el paso unos pocos soldados que lucían sus lustrosos morriones y corazas a lomos de caballos engalanados. A continuación, marchaba, destacando por su apostura, el primogénito de la familia, Diego Arias Dávila, seguido muy de cerca por su criado Pascual de Andagoya. Por último cabalgaban doña Isabel, su jovencísima hija y cuatro doncellas, todas ellas ataviadas con sus mejores galas, en dóciles jacas que lucían, entrelazadas en sus crines, cintas de color verde, grana y oro, los colores de la divisa de los condes de Puñoenrostro.

Cerraba el desfile una hilera de mulas atadas entre sí cargando pesados fardos que transportaban el equipaje de los viajeros y un enorme arcón de madera tallada que se murmuraba contenía lingotes de oro y perlas del Pacífico, una fortuna que aseguraría el sostenimiento de la familia y serviría como testimonio de buena voluntad para que aquella mujer de fuerte carácter y conocedora de los entresijos de la corte consiguiera salvaguardar los privilegios que su marido había estado a punto de perder ese mismo año, de no haber sido por la repentina y oportuna muerte del nuevo gobernador de Castilla del Oro nombrado por el rey Carlos. Don Lope de Sosa falleció un día después de su llegada al Darién, el 19 de marzo de 1520 y, en consecuencia, Pedrarias vio prorrogado su mandato.

Afectado por la despedida de la noche anterior y al mismo tiempo convencido de que su amor por Isabel de Bobadilla carecía de futuro, Hernando de Soto consiguió sobreponerse a su dolor entregado por completo a la dura vida de soldado. Si años más tarde vino a su mente el recuerdo de su amada y las promesas de amor intercambiadas, ahuyentó la nostalgia pensando que la joven damita se habría convertido en una respetable matrona de oronda figura, casada y cargada de hijos. A fin de cuentas, no era hombre de lamerse las heridas ni de quedar atrapado en remembranzas; lo realmente importante estaba por hacer y aquel amor de juventud era cosa del pasado.

Próximo a cumplir cuarenta años, Hernando de Soto daba por cierta la conveniencia de contraer nupcias con alguna dama linajuda con el fin de reforzar su reputación de hombre respetable, digno de alternar en la corte y merecedor de la confianza del rey. Su ideal era una mujer de aceptable apariencia, soltera o viuda, quince o veinte años más joven que él para que pudiera asegurarle una numerosa prole, de considerable abolengo y que aportara una dote, aunque no muy cuantiosa, suficiente para ayudar a sostener las cargas del matrimonio. Su patrimonio personal era extenso, pero hasta el último maravedí sería un medio para alcanzar su destino glorioso.

Era poco relevante que la dama en cuestión estuviera avecindada en Sevilla, Valladolid, Madrid, Toledo, Granada o cualquier recóndito lugar del reino puesto que su futura consorte no permanecería en España, por lo que una buena disposición para hacer su vida de casada en el Nuevo Mundo era un requisito indispensable. Las cualidades que debía poseer su futura esposa estaban tan definidas y precisamente estipuladas que no quedaba lugar para las dudas, la casualidad, las jugarretas de la vida o los designios del Señor. Al tratarse de un mero trámite, el capitán delegó en su secretario Rodrigo Rangel la tarea de recabar información sobre las damas casaderas que pudieran colmar sus expectativas, mientras él ocupaba su tiempo en gestiones de mayor trascendencia.

Una de las aspiraciones del capitán era ingresar en la Orden Militar de Santiago, llegar a lucir en su pecho la gloriosa insignia y sobre sus hombros la blanca capa con la cruz carmesí del apóstol que proclamaría al mundo entero su condición de fiel servidor de Dios y del rey, hidalgo de nacimiento por ser descendiente de don Francisco Méndez de Soto y doña Leonor Arias Tinoco, amén de la limpieza de sangre de su familia de cristianos viejos sin rastro de judíos, moros, conversos o villanos. Había hecho llegar al rey don Carlos la preceptiva solicitud y, gracias a fuentes extraoficiales, estaba informado de la apertura del expediente de pruebas y de la buena marcha de la exhaustiva investigación sobre sus antepasados, por lo que daba por seguro que el resultado sería favorable a sus intereses.

Mientras Rodrigo Rangel llevaba a cabo su cometido y seguían en curso las diligencias previas al ingreso en la Orden de Santiago, se dispuso a reencontrarse con su familia después de tantos años de ausencia. En primer lugar quiso abrazar a sus hermanos Juan y Mencía y a sus jóvenes sobrinos avecindados en Villanueva de Barcarrota que lo recibieron con gran alegría y agradecimiento por las partidas de oro y plata enviadas desde el Perú. Luego, dedicó largas jornadas a visitar la parentela dispersa entre Barcarrota, Badajoz y Jerez de los Caballeros, como los Méndez de Soto, los Gutiérrez de Cardeñosa y los Arias Tinoco. Aprovechó la ocasión para divulgar la próxima partida de su expedición con la intención de despertar en cuanto extremeño encontró en su camino el ansia por las riquezas que aún estaban por descubrir al otro lado de la mar océana. Finalmente, como colofón de su recorrido por el terruño natal, fue a postrarse ante la tumba de su madre en la iglesia de San Miguel, en Jerez de los Caballeros, el lugar donde deseaba descansar para toda la eternidad un día, por supuesto, muy lejano.

Dos años después de su regreso, Hernando de Soto abandonaba España con sus aspiraciones satisfechas. En tanto aguardaba la llegada de su esposa, el capitán dejó vagar su mirada por aquella ribera del Guadalquivir hasta fijar su atención en la nave capitana.

La nao *San Cristóbal,* capaz de soportar una carga de ochocientas toneladas, destacaba entre el resto de la armada por la altura de sus castillos de proa y popa, su colosal arboladura, la calidad del maderamen de su estructura y la envergadura de sus velas. Un rato antes, había cesado el ruido de las poleas y los gritos con que los marineros acompañaban el esfuerzo de desplegar las enormes lonas de las que dependía el avance y el rumbo de la navegación. Izadas las enormes velas cuadradas del trinquete de proa y del palo mayor destinadas a atrapar la fuerza del viento y la triangular de la mesana de popa, indispensable para la maniobrabilidad, la nao estaba lista para zarpar. Ante la imponente imagen de aquella fortaleza flotante atracada en el muelle del Arenal, Hernando de Soto dio por bien empleada la importante suma que había pagado por ella.

Desde que Sevilla se consolidara como el Puerto de Indias, condición reforzada por la fundación de la Casa de la Contratación en 1503, meses antes de la partida de una expedición comenzaba la cuenta atrás en el muelle del Arenal con el calafateado de las naves, la comprobación del estado de los mástiles, el acondicionamiento de las velas y cuanto fuera necesario para lograr la puesta a punto de las embarcaciones.

Paralelamente, en aquella franja de tierra arenosa de algo más de dos leguas cuadradas situada entre la Torre del Oro y el Puente de Barcas, se intensificaba el ir y venir de compradores y vendedores en los improvisados tenderetes donde se formalizaban las transacciones que asegurarían el avituallamiento de unos barcos que por mucho tiempo no tocarían tierra y cuyas bodegas debían almacenar toneladas de mercancías y alimentos imprescindibles como agua, vino, aceite, vinagre, sal, harina, miel, legumbres, arroz, mermeladas, frutos secos, quesos en aceite, ajos, cebollas, carnes curadas, pescados en salazón y bizcochos o galletas de mar, un pan sin levadura de doble horneado más resistente a la humedad. No menos importante que el acopio de provisiones era transportar animales, unos por ser indispensables para la conquista y colonización de los territorios ultramarinos como los caballos y los perros y otros como cerdos, cor-

deros, aves de corral, vacas y toros, destinados a fomentar su crianza en el Nuevo Mundo o como último recurso para la supervivencia de la tripulación y los expedicionarios en caso de extrema necesidad. Asimismo, era primordial dotar las naves de los pertrechos que permitirían enfrentar un hipotético ataque de corsarios o piratas durante el trayecto y, por tal razón, no podían faltar los cañones estratégicamente situados en la cubierta además de ballestas, picas, todo tipo de armas blancas, arcabuces, munición y pólvora almacenados en la santabárbara de la embarcación.

Igualmente animado resultaba el muelle del Arenal cuando arribaban barcos procedentes de las Indias Occidentales con sus cargamentos de oro, plata y piedras preciosas que hacían rebosar las alforjas de los ricos y de alguna manera salpicaban al pobre, al tiempo que alentaban la construcción de viviendas, edificios e iglesias, el fomento de la cultura y de la actividad comercial y venían a llenar las arcas reales, siempre vacías a causa de los gastos ocasionados por los conflictos y guerras en que España estaba involucrada.

El muelle del Arenal era un escenario en el que coexistían la miseria y la riqueza y donde concurrían pillos, rameras, esclavos, criados, braceros, marineros, prósperos comerciantes, aguerridos conquistadores, frailes, curas, obispos y hasta damas y caballeros de la nobleza que, de manera ocasional, hollaban su anegadizo suelo.

El trote de los caballos alertó al capitán de la llegada de un carruaje que unos minutos después se detuvo frente a él. Al abrirse la portezuela un grácil pie femenino y el suave ondular de encajes, cintas y raso brocado de color granate precedieron la figura de la mujer que lo acompañaría en su nueva aventura allende los mares.

Hernando de Soto se acercó solícito para tender su mano a la dama y brindarle un punto de apoyo que le permitiera sortear los tablones del embarcadero con seguridad. A tan corta distancia, el capitán no pudo menos que admirar la belleza y el porte de su amada esposa doña Isabel de Bobadilla y Arias de Ávila.